

gunda vez. Los bañistas iban haciéndose cada vez más escasos en la playa y quedándose más y más sola la casita amarilla. No obstante la excepcional suavidad de la temperatura, sentíase en la ascensión de las nieblas, en los tonos de dorados viejos que tomaba la luz del día á ciertas horas, en los acentos que jumbrosos y prolongados de la brisa, en el frenético vuelo de las gaviotas, que tocaba el verano á su fin... Y al otro lado de la península, redoblaban los rugidos del Mar Salvaje, donde cada ola caía sobre las rocas con el estruendo de una batería.

— Si oyera V. eso el invierno, señora... parece que es terrible, decía á Lidia su doncella Agarita, que á fuerza de pasar el día cosiendo con la tía Blanchard estaba enterada de todas las cosas del país y temblaba ante la idea de pasar un invierno en aquellas soledades. Es lo que llaman el *Agujero del silbador*, una roca que silba y ronca detrás de Puerto-María, de manera que cuando llega noviembre el ruido que sale de ella impide á las gentes dormir... Por esta parte el mar no es tan feroz, pero los hombres se encargan de serlo en lugar suyo.

Y la lionesa contaba á su ama las batallas que se traban en Puerto-Haliguen entre los sardineros y los forbantes de Concarneau que van á pescar en

las mismas playas. Durante los cielos bajos del invierno, cargados de niebla y de interminables lluvias costeras, cuando las lámparas permanecen encendidas día y noche y el temporal impide la salida de las barcas, había que ver, en aquel pequeño puerto, doscientos, trescientos marinos gritando borrachos y lanzándose al asalto de las posadas Lebuez y Lequellec, que les negaban de beber y los repelían á garrotazos ó arrojándoles calderadas de agua hirviendo, después de lo cual ellos volvían su ira contra sí mismos y se pegaban y batían con tanta furia que desde el terrado de Lebuez caían al muelle repleto de inmundicias y desde el muelle al agua, por racimos, sin soltarse.

— Tranquilícese V.; antes de esos horrores estaremos ya lejos, contestaba Lidia que tenía afición á su criada, recogida en un muelle de Lyon, insignificante y tonta, pero que era el único rostro donde podía leer algo que no fuese desconfianza y antipatía. El Sr. Alejandro había dicho al oído antes de marcharse que su inquilina era una condesa de pega, y desde Puerto-Haliguen hasta Quiberón no quedó una piedra del camino que no recogiera la calumnia para pasarla aumentada y corregida á la piedra vecina. Tal era la razón de la malevolencia que la abandonada sentía surgir delante de ella, resonar bajo cada uno

de sus pasos. Su orgullo sufría, pero poco ahora que el hijo venía á ocupar cada vez más lugar en su existencia. Por lo demás, casi no salía. Un piano, olvidado en Ploermel por unos escoceses fantásticos y que mandó á buscar, la mantenía en casa, desde donde sembraba, según era el viento, sus notas armoniosas, ya hacia la playa, cada día más desierta y espaciosa.

En la gran extensión de arena donde cayeron los chuanes de Sombreuil, quedaban dos ó tres tiendas de bañistas, gente tenaz que esperaba la próxima llegada de la escuadra y sus ensayos de combates nocturnos. Para evitar las miradas de malicia y de envidia, las sonrisas de odio que cada noche descubría formando salpicaduras de lodo en su traje, Lidia no iba nunca hacia aquella parte. El rompeolas era su paseo favorito, sobre todo desde que no tenía que esperar el yacht ni que interrogar el horizonte con la esperanza siempre frustrada y tan irritante de ver aparecer una vela de goleta. Sin embargo, empezaba á parecerle extraño que Carlejo no hubiera escrito, ó por lo menos Alejandro. Por fin, una mañana, el primer domingo de Octubre, día de regatas y de fiesta en Quiberón le llegó una carta; pero no la que esperaba.

Por primera vez había podido Lidia aquel día

pasar una hora en el mar sin las horribles contracciones de estómago que le vedaban toda travesía; es verdad que el barco no se movía — el barco del práctico, que servía de meta en las regatas á vela — y que hacía además un tiempo de virgen, azul y [suave, el Morbihán sin un rizo, inmóvil y cuajado, que sólo parecía vivo á causa de la reverberación de un sol de verano extraviado en los comienzos del otoño.

— Venga V. conmigo, señora condesa, le dijo el práctico, que era su amigo desde el arbitraje de la *Anfitrite*; le respondo de que estará mejor en mi bote para ver las regatas que si se encontrara en el estrado del sub-gobernador y del Sr. Comisario de Marina.

Por espacio de más de una hora esperaron, á lo largo de la inmensa bahía, muy lejos, perdidos, entre el cielo y el mar, en una atmósfera cristalina, una suavidad, un calor reflejado que mantenía á los seres mudos, en éxtasis, como si se cernieran en las alturas. Nunca se había sentido Lidia tan cerca del cielo. Oh, estrechar una mano querida en aquella paz divina, en aquella tregua arrullada por el mar.

— Pero no se ve nada, decía Agarita.

Lo más curioso es que, hallándose demasiado lejos de la orilla para distinguir su ligera línea de

sombra, la superficie luminosa y sonora del agua les llevaba por instantes, á bocanadas, todos los ruidos de la fiesta en el Puerto-Haliguen, de las campanas, de las músicas del país, de los tambores y charangas. No se veía nada y se oía todo. En la proa del bote dijo uno: « Parece venir del cielo. » Más de pronto resonó un cohete de aviso, seguido por el clamoreo de la multitud, donde sobresalía el timbre agudísimo de las voces de niño. Después... silencio..

— Ahí vienen, gritó el piloto poniéndose en pie. Llegaban en efecto los barcos de la regata formando largas filas, tocándose casi banda con banda los de la cabeza. ¿ Dónde tomaban el aire que hinchaba sus velas, tendía sus aparejos, hacía rechinar sus musculosas vergas, y daba á su empuje aquel poderoso aliento de fuelle de forja que se sentía correr delante de ellos? Sus grandes alas, blancas, rojizas, acababan apenas de surgir en el azul del cielo cuando ya estaban allí, dando la vuelta al barco del práctico que los saludaba con hurras, y acercándosele tanto que de un choque, su botalón saltó en mil pedazos y el buque meta dió un tumbo en medio de crujidos de cuerdas, chillidos de mujeres y maldiciones de marineros. En el instante de un relámpago vió Lidia virar y huir el Concarneau que había hecho

esto, buque fantasma de velamen oscuro, tripulado por una banda de forbantes pálidos como el aguardiente que los saturaba, con los ojos extraviados y el pelo chorreando sobre sus caras de ahogados. El Americano, que venía detrás, un yacht de recreo, color gris de plata y muy bonito, hizo dar un vuelco á su corazón, por el parecido del equipaje con los marineros tan correctos del buen Nuitt; y cuando el caballero que venía al timón, un neo-yorkino de anteojos, menos elegante que Carlejo sin duda, la saludó al virar, sus hermosos ojos de perla se humedecieron.

Ahí terminó para ella el placer de la regata. Forbantes y sardineros, pescadores de Noirmou-tiers y de la isla de Houat, aparecían, viraban y huían velozmente; la joven les miraba sin fijarse, como si hubieran sido una banda de gaviotas ó de golondrinas de rocas, pensando en el ausente, en el que la había hecho madre. Pues su amor, su triste simulacro de amor no era más que eso: el sentimiento de la responsabilidad, y las primeras ternuras maternas que se agitaban en su profundo origen. Al volver á su casita, nada pudo distraerla de tan dichoso pensamiento. Los muelles de Puerto-Haliguen, llenos de gente, las hermandades de los marineros, cómicas y solemnes, el comisario de marina cubierto con tan-

tos galones como un general peruano, sentado en una mesita delante de la posada Lequellec para distribuir las medallas de las regatas, y luego los certámenes de biniús, los instrumentos del país, las regatas á nado en el puerto, detrás de patos y cerdos, nada más quiso ver, y dejó que su criada saliera sola. Sin embargo, por la noche ésta pidió á la tía Blanchard una linterna grande de barco, muy útil en las callejuelas del pueblo, y logró que su señora saliera á ver los bailes.

Habíase levantado la brisa, muy viva bajo un cielo resplandeciente de estrellas; pero desde la entrada de la localidad se notaba un calor que daban los grupos de animales y de hombres á través de las calles estrechas y de piso cubierto con estiércol, y en la plaza de la aldea, que rodeaba un círculo de coches sin enganchar. Allí es donde bailaban, y sólo al sonido de las bocas, porque los biniús estaban demasiado borrachos, explicó á Lidia una cándida flor de lino perdida debajo de un gran tocado blanco. La multitud se agolpaba en torno de dos ó tres rondas, la más bonita de las cuales daba vueltas debajo de las ventanas de la *Princesa de Lamballe*. Un mozo de la fonda, que reconoció á Agarita, las hizo pasar, no sin dificultad, á la primera fila de los

espectadores y allí colocaron la gran linterna, en el doble círculo de quinqués y faroles que daba al baile como un escenario rojizo y humeante. La plaza estaba alumbrada con otras luces semejantes y también con las de los carros, carretas, charabanes, berlinas y diligencias, que habían transportado á los campos, caseríos y propiedades de las cercanías; todo esto constituía en la penumbra una especie de estrado circular y móvil en que gesticulaban las siluetas acumuladas.

*J'aime bien les cotillons rouges,*

*J'aime mieux*

*Les cotillons bleus.*

Cantadas por voces ásperas ó débiles, de pescadores, de sardineros, con el taconeo de los gruesos zapatos cayendo á compás, las rondas del país daban más y más vueltas, y de aquel torbellino mezclado de blanco y negro, de paño áspero y lana basta, de aquellas risas, de aquellos pechos salía una neblina pesada, que se confundía con el polvo del suelo y la humareda de las pipas y las luces. Á veces se desprendía un lienzo luminoso de la decoración y apagaba todo un rincón de la fiesta; era un carricoche, una diligencia que se iba, llevándose sus faroles y sus canciones,

cuyos ecos desaparecían en el cruce de las callejuelas :

*Les cotillons rouges,  
Les cotillons bleus,  
Ce sont les bleus  
..... Que j'aime le mieux.*

Poco á poco volvía á quedarse la plaza casi negra. Las bandas, disminuidas, fundidas en una sola, no se dirigían más que por los faroles ya casi sin mecha y por las que se empezaba á entrever, como se oía el bramar del Mar Salvaje, que de pronto se acercaba. Este formaba los tonos bajos de una ronda feroz que las bocas todas entonaban, con compás precipitado.

*Fendons le bois,  
Le roi!  
Chauffons le four,  
L'amour!*

Las pesadas faldas resonaban, las voces se agolpaban hasta perder aliento; en el oscuro ángulo de la plaza, el viento cantaba y giraba solo. « Volvamos » murmuró Lidia, sintiendo en el corazón la angustia singular que la había oprimido en la mañana de su llegada en una ventana de aquel mismo hotel. Agarita recogió la linterna

y se volvieron ambas por esos estrechos caminos de chuanes en que sombras vagabundas rozaban las paredes, en que pesadas borracheras caídas en los fosos se adormecían entre un hipo y un canto de ronda:

*Chauffons le four,  
L'amour!  
Dormez la belle,  
Il n'est point jour.*

Los perros de los cercados ladraban á su paso, haciéndoles darse prisa y bajar la voz.

— Mire V., señora... esas luces, allá abajo, en el mar... entre las ramas de los árboles... diríase que es la escuadra.

¡Oh, la escuadra! Agarita soñaba con ella, y lo mismo todo Quiberón. El hotel *Lamballe* estaba lleno de viajeros, de gente de Puerto-Navallo, de Vannes, de Nantes y aun de París, que habían acudido á presenciar las maniobras. El mozo, amigo de Agarita, le había hablado de una señora parisiense, acompañada por su prima, pequeña regordeta bastante bonita.

— ¿No le ha dicho á V. cómo se llaman esas personas? preguntó Lidia, á quien inquietaba una extraña coincidencia. ¿No había creído reconocer, durante los bailes, una silueta de mujer apoyada

en el balcón de la fonda, con aire altanero, sin nada en la cabeza, el retrato vivo de su suegra? Pero Agarita ignoraba los nombres. Además, se explicaba tan mal la presencia de la Sra. de Fénigan en Quiberón. Evidentemente, era una de esas apariciones de ensueño despierto, como las que evoca el pensamiento fijo mucho tiempo en el mismo asunto. Todo el día se lo había pasado Lidia interrogando el pasado ¿qué había pues de extraordinario que éste le contestara con uno de sus fantasmas? Un poco de alucinación de la lionesa que á fuerza de oír hablar de la escuadra veía brillar sus fanales en todos los rincones del horizonte. Y sin embargo, una vez que llegaron á Puerto-Haliguen, con la sombría inmensidad del Océano ante sus ojos, no distinguieron más luz que la del semáforo, y más cerca, una que las esperaba en el piso bajo de la casa amarilla, la única habitación de la playa.

Debajo de esa lámpara, y donde se vierabien, una carta que Lidia abrió en seguida y que le explicó por fin la atroz agonía de sus primeras horas en esta comarca, el malestar extraño que acababa de atacarla aquella misma noche, como una advertencia de que su mala suerte había de herirla allí y no en otra parte. Oh, la intuición de la mujer, presciencia, sagacidad sutil al cabo de todos sus

nervios, ¿qué vale comparado con esto nuestra sagacidad de observación? Descifró vagamente la epístola del Sr. Alejandro. Era larga, estúpida, embustera de la cruz á la fecha, escrita con letra insignificante de lacayo que su mirada barría con espanto, reteniendo al paso algunas palabras : « ... ha debido someterse... hacer su voluntariado... dragones... dinero en casa del notario... que pasará al niño. » El resumen de la carta era : « Se acabó, la deja. Prepare V. la cuenta pues voy á presentarme á pagarla y le escribo de antemano para evitar toda discusión. »

Ya lo sabía que todo iba á terminar ; y también había resuelto lo que haría al fin de ese callejón sin salida. Solamente ¿ por qué tan pronto y de manera tan miserable?... Ni escribirle siquiera dos palabras, el adiós tembloroso de las cartas de ruptura... ¿ Y confiar esta tarea á un criado !... Eso pasaba de infame. Poco á poco, un suceso se explicaba por otro en su espíritu, y descubrió la atroz farsa que le representaban desde Monte-Carlo, su partida al parecer trágica, su ridícula huída por toda Francia, y aquella maldad de llevarla tan lejos, de hacerla esperar tanto tiempo para escupirle al rostro la injuria. Oh, Carlos, eso era lo que significaba su indescifrable rostro y aquellos ojos de piedra glacial que tanto miedo le inspiraban. « Un

monstruo hermoso » como decía el padre, un monstruo incapaz de amar y que por instinto rechazaba toda intimidad y toda ternura. Acababa como debía acabar su innoble novela sin amor.... Y las gentes de Granburgo, ¿por quién la tomaban al hablarle de su notario? ¿Cómo, también el general!... ¡Oh! esto la ultrajaba más que el resto, la idea de que aquel valiente, aquel intrépido cuya pasión desesperada la había conmovido algunas veces podía creerla un alma de tráfico y de lucro. Ahora iban á ver el caso que hacía de su dinero y de lo demás.

« Transmisible al niño... » Sí, había el niño. En la firme resolución tomada por ella desde el primer día de no sobrevivir á su locura, no había previsto tal ironía, ocho años de esterilidad en el matrimonio para acabar en aquella maternidad carnal. Pero ¿cómo educaría á ese niño? Ni padre, ni nombre, ni siquiera el de una madre que nunca lo había tenido. La negra miseria y en las venas sangre de príncipe. ¿Qué sería de ese ser sin clase, abandonado? ¿No valía mil veces más llevárselo con ella á la muerte?

.... La muerte, sí; pero ¿cuál? Marcharse, evadirse de esta triste existencia, sin duda pero ¿por qué puerta? Allí estaba el mar, á dos pasos, al pie de las rocas. Abrir suavemente la ventana, saltar

por ella, dos pasos no más... la noche oscura y la lobreguez del agua la asustaban. Había que calzarse, que vestirse ó que salir desnuda... Ah, allí está... Su mirada, girando en torno del cuarto, acababa de descubrir el pequeño revólver del inglés brillando en la chimenea. Derecha delante del espejo, lo manejó un momento con mano diestra, pensando en multitud de seres y de cosas, con el desfile de la hora postrera en su mirar extraviado; y cuando abría los encajes de su camisa para apuntar á buen sitio, contúvola la idea de su belleza, casi un pesar de dañar aquellas carnes nacaradas sobre las cuales brillaba el oro de una pequeña medalla. Apenas tomó tiempo para decir una oración mental á Nuestra Señora de Fourvières y con el dedo en el disparador iba á tirar. Unos golpes dados contra el tabique de su cuarto y la voz de Agarita la detuvieron otra vez: « ¡Señora, señora!... Oh qué hermoso es... todas esas luces verdes, azules, amarillas, encarnadas, que bailan sobre el mar... ahí está... ahí está... es la escuadra... cuando yo se lo decía. »

Maquinalmente volvió la cabeza hacia la ventana cuyas vidrieras vibraron, sacudidas por violento cañoneo en que se perdió el ladrido corto y feroz del pequeño bull-dog. En el mismo momento de caer Lidia al suelo, una de las grandes luces

eléctricas que los barcos mandaban á la costa inundó el cuarto hasta el fondo con su azulado centelleo. La joven lo recibió en plena faz y pudo creer que era la eternidad que empezaba. Una vez vencida la angustia del primer paso, quizás pasan así las cosas cuando se muere.

## X

## DIARIO DEL PRÍNCIPE.

Entre dos batallas, desesperado como un vencido que va tomando la costumbre de serlo, puesto que nosotros somos siempre los zurrados, le escribo desde un antiguo molino, cuartel general de nuestro ejército. Creía, según le dije en mi última de Granburgo, haber escapado á la absurda prestación de las grandes maniobras, y estaba camino de esbozar una deliciosa intriga con dos pequeñas israelitas de las cercanías, dos hermanas, una que acaba de casarse y otra que está en vísperas de hacerlo; la cosa iba bien, con un solo anzuelo y la misma cereza para ambas, cuando un despacho de mi primo de Boutignan me obliga á ocupar de prisa mi puesto en el estado mayor. « Orden superior », me dijo mi imbécil de coronel guiñando el único ojo que conserva, y no he